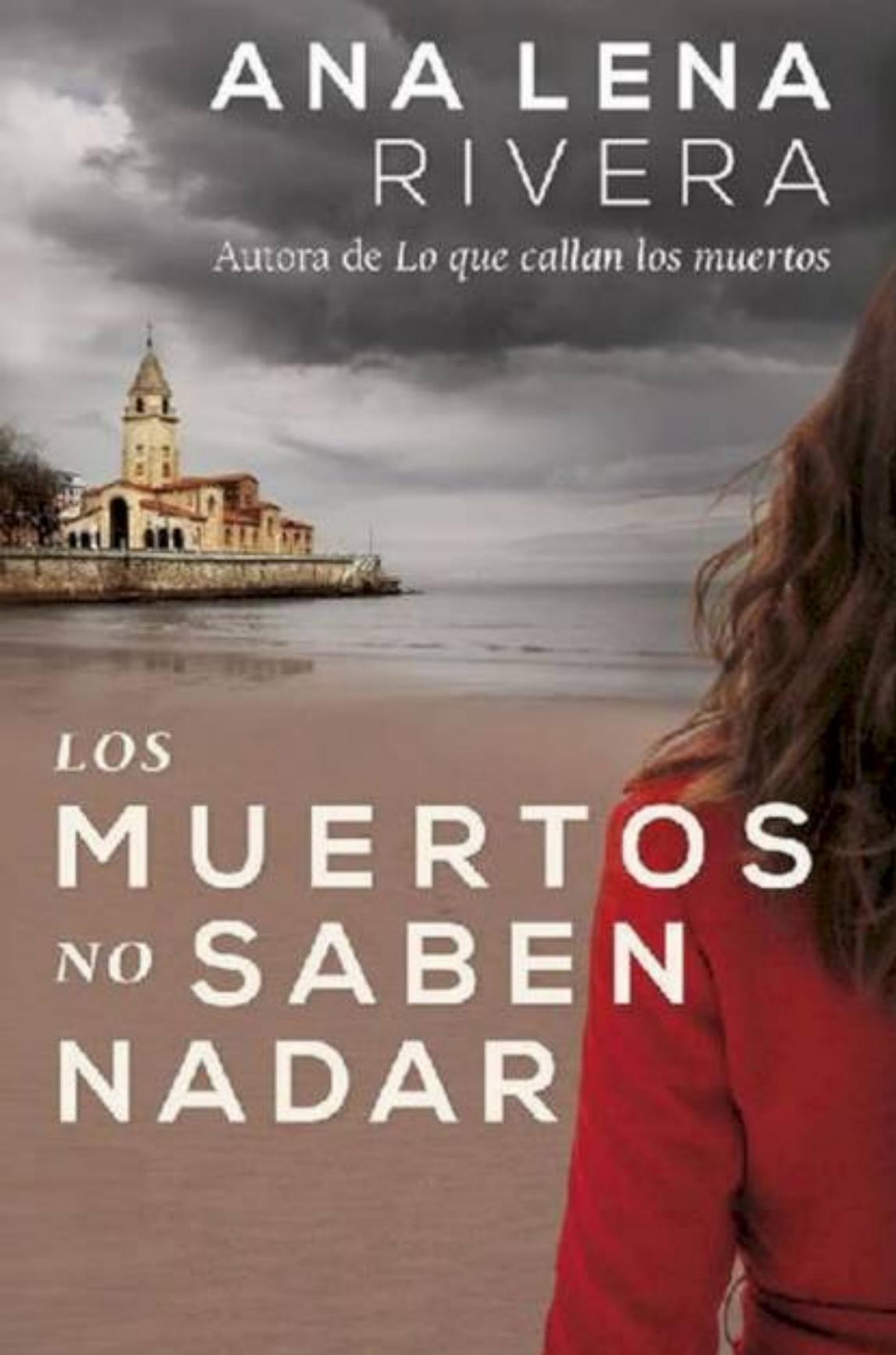


ANA LENA
RIVERA

Autora de *Lo que callan los muertos*



LOS
MUERTOS
NO SABEN
NADAR

En pleno mes de diciembre, en la playa de San Lorenzo de Gijón un niño encuentra el brazo amputado de un hombre en el agujero del muro donde guarda sus tesoros. El brazo pertenece a Alfredo Santamaría, que estaba siendo investigado en la comisaría central de Oviedo por una presunta estafa piramidal. El jefe de la Policía del Principado asigna el caso al comisario Rafael Miralles. Gracia San Sebastián, investigadora de fraudes contratada por la policía para indagar en las finanzas de la víctima, tiene que desentrañar un complejo entramado de blanqueo de dinero en el que interviene un poderoso grupo de mafiosos rumanos sin escrúpulos.

En su vida personal, la relación con Rodrigo sigue viento en popa para disgusto de su exmarido, Jorge, que viene de visita desde Estados Unidos para gestionar un ambicioso proyecto empresarial.

*A los que viven la vida en presente porque no
saben si habrá un mañana.*

Estimado lector:

Las dos novelas anteriores de Ana Lena Rivera, *Lo que callan los muertos* y *Un asesino en tu sombra*, tuvieron muy buena acogida, por lo que estamos muy contentos de poder presentarte *Los muertos no saben nadar*.

En esta tercera entrega volvemos a encontrarnos con la investigadora de fraudes Gracia San Sebastián, que ahora trabaja para la policía. La novela arranca en Gijón, en la playa de San Lorenzo, cuando a mediados del mes de diciembre un niño encuentra el brazo amputado de un hombre.

A partir de ese hallazgo, todo es vertiginoso: la extremidad amputada pertenece al director financiero de una empresa de inversiones que en esos momentos está siendo investigada por Gracia San Sebastián. La entidad, sospechosa de ser la tapadera de estafas a gran escala, es originaria de Rumanía y posee ramificaciones por toda Europa, sobre todo en los países del este con un sector inmobiliario emergente, como Moldavia o Bulgaria. Además, tiene conexión directa con un asesor fiscal de Gijón y su familia, que llevan un tren de vida muy por encima de sus posibilidades y tienen más de un secreto que ocultar.

Te reencontrarás con la protagonista, Gracia, que está intentando dejar atrás el pasado para empezar una nueva relación de pareja. Mientras, su exmarido continúa velando por sus propios intereses, y su madre, Adela, sigue haciendo de las suyas.

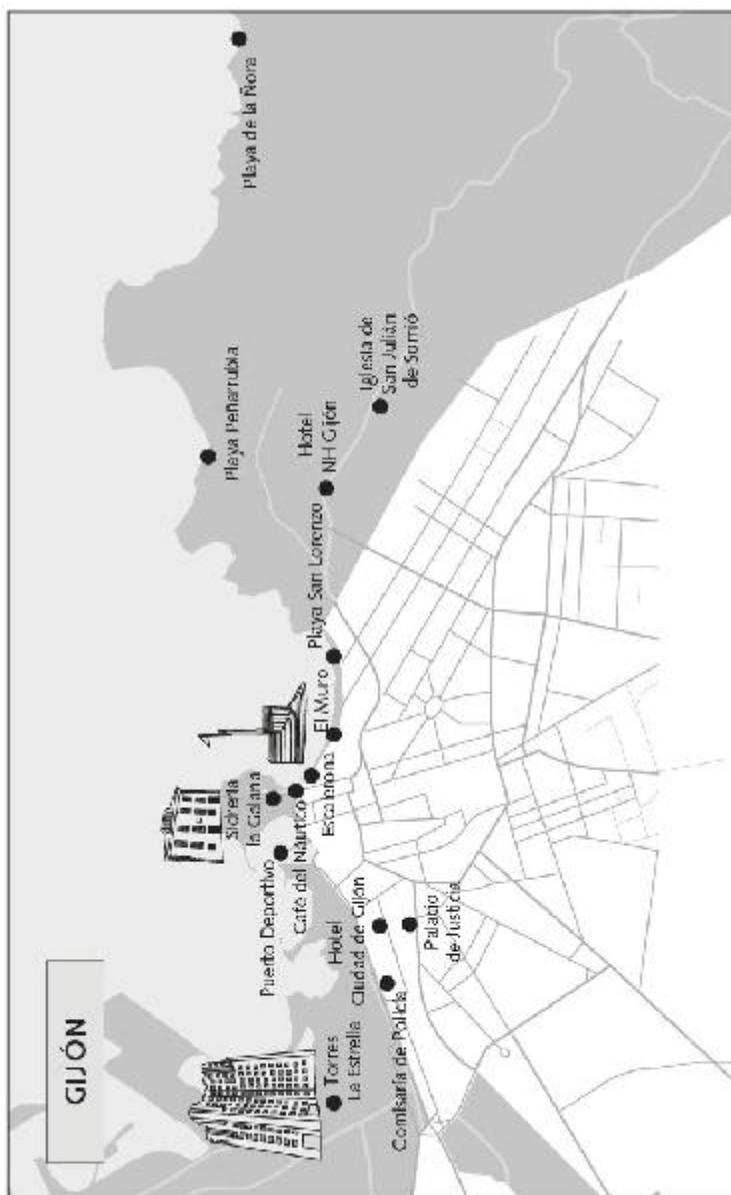
Una mafia rumana que opera con absoluta falta de escrúpulos, la ciudad de Oviedo en plena preparación de las

fiestas navideñas y el comisario Miralles con su desesperada lucha contra el sobrepeso, son los ingredientes de una novela que no defraudará a ningún lector.

¿A qué esperas para empezar a leerla?

Estoy segura de que te encantará.

La editora



Sábado, 7 de diciembre de 2019. 10:00.
Playa de San Lorenzo. Gijón

—¡**M**ira, papá! mira lo que he encontrado.

—¿Qué es eso, Isma? —preguntó el hombre extrañado al ver a su hijo acercarse con lo que parecía la mano de un maniquí viejo y sucio.

El horror que sintió cuando el pequeño le entregó su recién encontrado tesoro le persiguió durante varios días. Los momentos siguientes se fijaron de manera caótica en su memoria: cómo arrojó el brazo putrefacto de una patada lejos de su hijo, los ojos llorosos de este ante la reacción de su padre, la confusa llamada a emergencias, la carrera desenfrenada y torpe por la arena con el niño en brazos, la cara de los agentes cuando les explicó que había dejado un brazo humano en la playa, el traslado a comisaría para tomarles declaración después de examinar el brazo y de permitirles recoger su pelota abandonada.

A Ismael, en cambio, la visita a la comisaría con todos aquellos policías alrededor le compensó con creces la pérdida de su hallazgo. Los agentes se interesaban en su historia, tuvo que repetirla varias veces, hasta le dieron gomitas y un batido de chocolate. Su padre le permitió tomárselo todo y le prometió llevarle esa tarde a darle la carta a Papá Noel. Fue uno de los días más geniales de su vida.

—Entonces —quiso confirmar el agente de policía con el pequeño Ismael—, ¿no encontraste el brazo en la orilla?

—No, estaba escondido en mi agujero del muro. Siempre dejo allí las conchas que cojo.

—¿Cuándo fue la última vez que dejaste conchas en tu agujero del muro?

—El último domingo que estuve con papá. Si hace bueno bajamos a jugar al fútbol a la playa.

—¿Y eso cuándo fue exactamente? —preguntó el policía mirando al adulto.

—Hace dos semanas —respondió Julio, el padre de Ismael—. Mi mujer y yo estamos divorciados, paso con Ismael un fin de semana de cada dos. Si no llueve y hay marea baja nos gusta jugar al fútbol en la arena. Ismael tiene la ilusión de que le fiche el Real Madrid, ¿sabe usted? Está en la escuela de fútbol del Sporting.

—¿Dónde estaba usted cuando su hijo encontró el brazo?

—Le estaba esperando en la zona húmeda. Si la arena está seca no se puede jugar bien. Ismael fue a revisar el agujero del muro. Le gusta recoger conchas y meterlas dentro. Siempre que bajamos, comprueba si todavía están allí. A veces las encuentra y otras no.

Después de hacerles algunas preguntas de rutina y tomarles los datos los dejaron ir, no sin antes dar las gracias a Ismael y nombrarle miembro honorífico de la policía de Gijón en una ceremonia improvisada que hizo las delicias del niño.

«Espero que esto no me cueste un disgusto con mi ex», pensó Julio cuando iban para casa. Todavía sentía el estómago un poco revuelto.

1

Sábado, 7 de diciembre de 2019. 21:00

Mario Menéndez Tapia, jefe de policía del Principado, encendió un puro sentado en el sillón orejero de su salón y miró a los turistas que caminaban por la calle, en pleno casco histórico de Oviedo, en busca de un restaurante para cenar. Menéndez fumaba de tanto en tanto, resto de un hábito que intentó asumir como propio cuando los hombres muy hombres fumaban, y más si eran tipos duros como los policías. De aquella no llegó a conseguir que el tabaco le enganchara del todo. En cambio, cuando llegó el momento en el que las fotos de pulmones podridos por la nicotina sustituyeron a las del vaquero de Marlboro, el hábito no arraigado se negó a abandonarle. El cerebro humano, como la vida, era caprichoso. Mario era un hombre de principios, satisfecho con su trabajo, a pesar de los treinta años que llevaba dedicado al Cuerpo de Policía, y firme creyente de que la labor policial era vital para la sociedad. Policías, médicos y profesores eran, en su opinión, los pilares básicos de la humanidad, los que conseguían que la sociedad siguiera funcionando y que el mundo fuera cada día mejor. Con semejante visión de la vida y de su profesión, recuperaba en los integrantes del cuerpo la ilusión infantil que los había llevado a ser policías. Sin familia directa, y sin más aficiones que cantar en el Coro Vetusta, con el que incluso había grabado un disco, dedicaba muchas horas al trabajo y exigía lo mismo a sus equipos.

Los primeros análisis del brazo encontrado en la playa de San Lorenzo revelaban que pertenecía a un varón de

mediana edad, y las huellas dactilares correspondían a una persona registrada en la base de datos de la policía: un hombre que había sido detenido por intento de soborno a un funcionario público hacía varios años y por un delito de falsificación de tarjetas de crédito cuando aún estaba en la universidad licenciándose en Ciencias Empresariales. En la actualidad, estaba siendo investigado por una posible estafa piramidal desde la comisaría central de Oviedo. Acababa de hablar con el comisario de Gijón al que correspondía la investigación del brazo hallado en la playa y, preocupado por la situación de la comisaría, con varios inspectores de baja y un repunte del contrabando que entraba por el puerto del Musel, dio una profunda calada a su puro y llamó a Rafael Miralles.

—Rafa, quiero que te encargues de supervisar personalmente el caso del brazo de Santamaría —dijo Mario al comisario de Oviedo en cuanto este respondió al teléfono.

—¿Y Granda? ¿Has hablado con él? —preguntó Miralles refiriéndose al comisario más veterano de Gijón mientras se levantaba de la mesa del comedor, donde se encontraba cenando con su mujer y sus hijas.

—Aún no, pero voy a arreglarlo. Por supuesto, tendrás que trabajar en estrecha colaboración con él y formar un equipo mixto, pero el brazo es tuyo.

—Eso ha sonado raro, Mario —respondió Miralles.

—Pon manos a la obra —ordenó su jefe ignorando la chanza del comisario—. Yo me encargo de que te dejen trabajar; la Judicial de Gijón te lo traspasará de mil amores. Están colapsados y no pueden asumir la desagradable tarea de buscar en el mar un cuerpo que, si tenemos suerte, estará entero sin brazo y, si la tenemos mala, totalmente desmembrado. Lo que más les preocupa es que empiecen a aparecer partes de Alfredo Santamaría por las playas de la región. Menos mal que no estamos en verano. Confíemos en resolverlo pronto y que cuando llegue el buen tiempo se haya olvidado; ningún turista quiere bañarse en

un mar donde aparecen restos humanos. Deberás mantenerlos informados, a ellos y a mí. En todo momento.

—¿Y el juez de Gijón al que corresponde el caso?

—Todavía tengo que hablar con ella. Es una vieja conocida, no pondrá problemas.

—¿Tendremos presupuesto?

—Tendremos presupuesto limitado, como siempre, pero dime qué necesitas y yo me encargaré de conseguirlo. ¿A quién le vas a asignar el caso? Tiene que ser alguien discreto y minucioso.

—Ese es Sarabia —propuso el comisario refiriéndose a Fernando Sarabia, uno de los inspectores jefe más jóvenes y brillantes.

—¿No está con el caso de las agresiones a los mendigos?

—Acaban de empezar y parece violencia pandillera. Es más adecuado para Ramón Cabán, habla con esos niñatos de tú a tú, no sé cuál es más bestia.

—Tu criterio manda, Miralles, asigna a Sarabia. Yo voy a hacer política y a conseguir la pasta. Una cosa más —dijo el jefe de policía cuando el comisario estaba a punto de colgar—. Esa investigadora que hemos contratado...

—¿Sí?

—¿Es buena de verdad?

—¿Lo dudas por algo?

—He tenido que dar muchas explicaciones para dedicar fondos a un experto externo y ahora el caso se complica, ya no es solo una estafa. Hay un muerto y no creo que sea una coincidencia. Después de venderla como si fuera la Sherlock Holmes de las finanzas, si algo sale mal, olvídate de conseguir más partidas especiales en años.

—Soy consciente. Confía en mí.

El comisario colgó el teléfono deseando no equivocarse.

El invierno acentuaba el encanto de las calles de París, decoradas para recibir la Navidad. El frío y la humedad invitaban a entrar en los cafés, a disfrutar de la excelente cocina autóctona y a pasear abrazados para compartir el calor que emitía nuestro cuerpo.

Rodrigo me había invitado a pasar unos días con él. Tenía un congreso europeo de unificación de normativa sociolaboral. Sonaba muy aburrido, pero no le requería total dedicación. La última vez que estuve en París había sido con Jorge, el que todavía era mi marido. Llevábamos unos meses separados, pero el divorcio todavía no estaba formalizado. Yo no tenía interés en pedírselo ni él parecía tener prisa en solicitarlo. Jorge se había mudado a nuestra antigua casa de Brooklyn Heights, en Nueva York y, a juzgar por las redes sociales, no vivía solo. Desde entonces, únicamente nos habíamos cruzado unos cuantos whatsapp relativos a la venta de nuestra casa de Oviedo. Estábamos rehaciendo nuestra vida por separado.

Esa noche, Rodrigo había escogido el lugar de la cena: Maxim's. Rodrigo era clásico hasta para elegir restaurante y el sitio no me decepcionó. La tarrina de pato con *foie* y trufa negra me hizo sentir un placer que rozaba lo sensual, la pularda estaba exquisita y de postre, muy francés, un plato de quesos me transportó a la campiña, que en mi imaginación olía al aroma dulzón de las vacas, de la leche cuajada y de la hierba húmeda de los pastos.

—¿Sabes, Gracia? —dijo Rodrigo—. No quiero estropear la cena, ni siquiera espero una explicación, pero me gustaría que reflexionaras sobre lo que voy a decirte.

—Vaya, con semejante introducción es difícil esperar algo bueno.

—No es malo. No creo que sea malo.

—Pues dímelo.

—Cuando me llegó la convocatoria del congreso en París, lo primero que pensé fue que vinieras conmigo y traerte aquí, a Maxim's —explicó Rodrigo.

—Y aquí estamos. Es un sitio precioso —le animé a continuar después de unos segundos de silencio.

—Este es el lugar donde hubiera querido pedirte que te casaras conmigo.

Me quedé boquiabierta. La realidad es que teníamos una relación que me hacía sentir bien, pero según la ley todavía tenía un marido y Rodrigo y yo ni siquiera vivíamos juntos, aunque ya nos lo estábamos planteando.

—Pero no puedo hacerlo porque aún estás casada —continuó— y no has dado ningún paso para dejar de estarlo.

—¿Quieres que hablemos de eso ahora?

No podía creer que fuéramos a estropear la cena con un tema tan delicado, en el que ni yo iba a ser sincera ni él comprensivo.

—Solo quería que supieras qué es lo que me gustaría hacer y que pienses en ello.

—Te prometo que lo haré.

—Rafa te está llamando —dijo Rodrigo señalando mi teléfono con gesto de desagrado.

Mi móvil, en modo vibración, encima de la mesa, anunciaba en la pantalla una llamada de Rafa Miralles, el comisario, mi nuevo cliente y marido de Geni, compañera de colegio desde que teníamos cuatro años.

—Seguro que puede esperar —dije ofreciéndome a no responder al teléfono.

—Contesta si quieres. Si es Rafa, será importante.

No supe distinguir si era una ironía o una deferencia por parte de Rodrigo. Por si acaso, decidí no arriesgar. Él no estaba de acuerdo en que aceptara casos derivados por la policía, a pesar de que solo me hicieran encargos de investigaciones de fraudes financieros. Rodrigo estaba convencido de que si venían de la poli eran peligrosos y podía ver-

me involucrada en crímenes mucho más violentos, como ya había ocurrido en una ocasión.

—Muchas gracias, pero los estafadores pueden esperar.

La pantalla por fin se apagó y empecé un discurso que no sabía bien cómo terminar. Los últimos meses con Rodrigo habían sido los únicos en los que había podido sentir algo de paz después de la muerte de mi hijo Martín, hacía más de dos años. No quería estropearlo.

—Rodrigo, quiero decirte que el tiempo que llevo contigo...

No había terminado la frase cuando un whatsapp de Rafa iluminó de nuevo la pantalla.

«Lláname cuando puedas. El brazo del tipo que estás investigando ha aparecido en la playa de Gijón. La forense calcula que lleva muerto alrededor de un día».

Antes de asimilar lo que acababa de leer miré a Rodrigo, que tenía los ojos fijos en mi móvil.

—Lo dicho, Rafa puede esperar —aseguré con menos serenidad de la que intenté transmitir con mi tono de voz mientras guardaba el teléfono en el bolso, como si el mensaje hubiera sido uno de tantos que recibía a diario.

—Menos mal que solo ibas a perseguir estafadores, nada de crímenes violentos —ironizó con una sonrisa tensa en la cara.

—¡Que les den! Esta noche es para nosotros.

—¿Vas a ignorar un mensaje... —Rodrigo buscó una palabra que no encontró—... así? ¿Hacemos como que no pasa nada?

—Sí —afirmé en un vano intento de convencerme de que podría olvidarme del brazo de Alfredo Santamaría.

—¿Y después?

—Después, ¿qué?

—¿Después de esta noche?

—Habrá muchas noches más —respondí con la mejor sonrisa de mi repertorio. Y para confirmarlo añadí—, tantas